

AGUA SALADA

CHARLES SIMMONS

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

Índice

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2017
TÍTULO ORIGINAL: *Salt Water*

© Charles Simmons, 1998
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2017
© Errata naturae editores, 2017
C/ Doctor Fourquet, 11
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-26-4
DEPÓSITO LEGAL: M-12792-2017
CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE PORTADA: © Slim Aarons / Getty Images
MAQUETACIÓN: A. S.
IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

EL BANCO DE ARENA	13
LA CLASE DE FOTOGRAFÍA	21
LAS MERTZ	31
LA FIESTA EN EL PORCHE	39
EL DÍA DESPUÉS	49
UNA ADVERTENCIA	61
UNA EXCURSIÓN A LA CIUDAD	71
LA FIESTA EN LA PLAYA	79
DEL AMOR	89
POR EL MAL CAMINO	101
PROTÉGEME	109
EL AMIGO DEL AMOR	119
LA TEORÍA DE HILLYER	129
LO QUE DIJO ZINA	137
LA FIESTA DEL DÍA DEL TRABAJO	143
RECUPERARSE	157
CONCLUSIONES	163

Para Peggy y Pauline,
mis gemelas.

«—Entonces, está decidido —dijo, acomodándose en su sillón y encendiendo un cigarro—. Cada uno de nosotros tiene que contar la historia de su primer amor. Tú primero, Sergei Nikoláievich».

Iván Turguénev, *Primer amor*, 1860



EL BANCO DE ARENA

En el verano de 1963 yo me enamoré y mi padre se ahogó.

Durante una semana entera, a finales de junio, se formó un banco de arena a un kilómetro océano adentro. No era visible, pero sabíamos que estaba donde las olas rompían. Cada día esperábamos que asomara con la bajamar. Nunca se había formado un banco tan adentro, y nos preguntábamos si aguantaría. De ser así, el agua más próxima a la orilla quedaría protegida y más en calma, y podríamos trasladar nuestro barco, el *Angela*, enfrente de casa, en lugar de dejarlo en Johns Bay, al otro lado del cabo Bone Point. La actividad de nadar cambiaría, naturalmente, sería como hacerlo en la bahía, y ya no podríamos pescar con caña en la orilla.

Padre y yo salíamos a pescar caballas, corvinas, peje-reyes y lubinas. Las lubinas eran los peces más peleones y el manjar más sabroso. Cogíamos también muchas lijas, bichos pequeños e inútiles que devolvíamos al agua. A veces intentábamos pescar tiburones de verdad, con un anzuelo grande que pesaba tanto que no podíamos lanzarlo. Le clavábamos un filete de caballa y yo me tiraba al agua con él, me alejaba y lo dejaba caer en el fondo. Lo hacía incluso de pequeño, sólo que en aquella época

me zambullía con el flotador, soltaba el anzuelo y padre me izaba con una cuerda. A madre no le gustaba un pelo, aunque sólo lo hacíamos cuando el agua estaba como un plato. Una vez cogimos un pez martillo que pesaba casi cincuenta kilos, el pez más raro que yo había visto en mi vida. Tenía la cabeza en forma de maza, con un ojo a cada lado. La gente decía que comía carne humana, pero padre me aseguró que no.

También pescábamos rayas. Si picaba alguna y yo estaba en la casa, padre me llamaba a voces y yo acudía corriendo con el arpón. Las rayas son peces planos y muy anchos. Cuando las pescas cerca de la orilla, en aguas poco profundas, se agarran al fondo y no hay manera de sacarlas. Hay que meterse en el agua con unas botas de goma y atravesarlas con el arpón para que entre agua y dejen de hacer ventosa. Cogíamos rayas de metro y medio. Tienen una cola puntiaguda que latigüea y puede darte un buen trastazo. Antes de arponearla hay que pisarle la cola y cortársela. En algunos sitios se las comen, pero nosotros no.

Yo nunca me metía en el agua con el arpón. Padre no me dejaba. Se sumergía él mientras yo sujetaba la caña. Una vez, padre había cortado ya la cola y estaba levantando la raya por el cuerpo cuando el animal se revolvió, con el arpón y todo, y yo caí al agua. El carrito estaba bloqueado. Como yo no soltaba la caña, el pez me arrastró hasta donde estaba padre. Él me quitó la caña de las manos. Cuando recuperamos la raya, estaba prácticamente muerta. La soltamos y se quedó flotando.

—Si no llego a estar yo aquí, ¿cuánto tiempo habrías aguantado? —me preguntó padre—. ¿Para siempre?

—Sí —repliqué, y me dio un apretón en un hombro. Aquel verano tenía yo siete años.

Bone Point era un lugar especial. Durante la Primera Guerra Mundial el gobierno se lo apropió con fines militares, y lo mismo en la Segunda Guerra Mundial. Luego pasó a ser reserva federal permanente. En 1946 sólo había unas pocas casas. El acuerdo con el gobierno consistía en que quien ya tuviera una casa podía conservarla cuarenta y cinco años más, hasta 1991, pero no podían construirse viviendas nuevas. Madre y padre heredaron nuestra casa en 1948, el año de mi nacimiento y el año de la muerte del padre de madre. Él la había construido a principios de los años treinta, y madre también había pasado allí los veranos de su niñez.

Era hija única, como yo. Sostenía que la casa había sido demasiado grande para ellos, como ahora opinaba que era demasiado grande para nosotros tres. Madre era una quejica. La casa no era demasiado grande. A mí me fascinaba la abundancia de espacio y de luz. La planta baja estaba plagada de ventanas y puertas acristaladas, y el porche rodeaba los cuatro lados. A su padre también le gustaba la luz, recalcaba madre. Con frecuencia me decía que yo le recordaba a él, cosa que me agradaba porque ella lo había querido mucho, pero yo me veía más parecido a mi padre. Pocas cosas decía o pensaba padre con las que yo no estuviera de acuerdo.

Todo el mobiliario databa de la época del abuelo, y todo era grande. Por ejemplo, en la sala de estar había un

sofá de mimbre en el que padre podía tumbarse a leer en una punta y yo en la otra y sólo nos tocábamos de rodillas para abajo. En mi dormitorio cabía una cama de matrimonio y todavía sobraba muchísimo espacio. Blackheart, mi perro, dormía siempre conmigo, y no nos estorbábamos. Cada mes de septiembre tocaba acostumbrarse otra vez al piso de la ciudad y a mi cama de dimensiones normales.

Aunque al cabo de una semana seguíamos sin ver el banco de arena, su presencia se hacía más evidente cada día. Olas enteras rompían contra él.

—¿Quieres que vayamos nadando? —me propuso padre.

Fue como si me hubiera leído la mente.

—Ahora hay bajamar —añadió—. Podemos descansar en el banco cuando lleguemos. Para volver nos impulsará la marea, que estará subiendo. ¿Qué me dices?

Los dos éramos buenos nadadores. Padre nadaba generalmente a crol. Yo en cambio prefería ir de espalda, que es más lento pero menos fatigoso, y me gustaba mirar al cielo mientras nadaba. ¿Acaso existe algo mejor que tener el cuerpo en el agua y la mente en el cielo? Como padre iba más rápido, cada vez que nadábamos juntos él me adelantaba, se daba la vuelta, se zambullía, buceaba, salía a la superficie y tonteaba hasta que yo le daba alcance. Era una auténtica marsopa.

No me parecía apropiado que hiciera nada de eso esta vez. Nos estábamos adentrando casi un kilómetro en el océano, y estaba malgastando energías. A doscientos me-

tros, sin embargo, me di cuenta de que habíamos calculado mal. Avanzábamos demasiado rápido. No había bajamar todavía, como padre creía. El reflujo continuaba y nos precipitaba hacia el banco. La bajamar se retrasa una hora cada día. Aquel día nos lanzamos al agua a mediodía, y yo recordaba que la víspera la bajamar había sido a mediodía. Todavía faltaba una hora. Se lo expliqué a padre.

—No pasa nada. Esperamos en el banco de arena hasta que podamos volver.

No parecía preocupado, pero había dejado de hacer tonterías.

Cuando alcanzamos el banco nos dimos cuenta de que estaba más hondo de lo que esperábamos. Padre hacía pie lo justo para que la boca le quedara fuera del agua, pero yo no. Intentó cogerme de la mano para que la marea no tirase de mí, pero él perdía pie. Yo tenía que seguir nadando para mantener mi posición.

—No podemos quedarnos aquí —reconoció—. Tendremos que volver. Pero no tengas miedo, ¿vale?

—No tengo miedo.

—¿Quieres que te ayude?

—Si tienes que ayudarme me entrará miedo.

Nos costó una barbaridad regresar. Lo que nos animaba a seguir era saber que la marea contra la que nadábamos se debilitaba por momentos. La pregunta era: ¿quién se cansaría antes, la marea o nosotros?

Varias siluetas nos observaban en la playa. Cuando estábamos ya cerca de la orilla y supe que lo conseguiríamos, me di la vuelta y saludé a madre con la mano. Tragué